

Juan Manuel Rodríguez Tobal



Juan Manuel RODRÍGUEZ TOBAL (Zamora, 1962). Poeta, traductor y profesor de lenguas clásicas, es actualmente editor de la colección de poesía "El sinsonte en el patio vecino" de la Fundación Sinsonte. Ha publicado los libros *Dentro del aire* (1999, XVII Premio de Poesía Ciudad de Badajoz), *Ni sí ni no* (2002), *Grillos* (2003, Premio Internacional de Poesía San Juan de la Cruz), *Los animales* (2009) e *Icaria* (2010). Sus traducciones de los poetas líricos greco-latinos conocen varias reediciones en España. Destacan entre ellas las de Catulo, Ovidio, Virgilio, Safo, Anacreonte y Teognis. Ha traducido también a Philippe Jaccottet y, en colaboración con Neva Mícheva, a Gueorgui Gospodínov.

Tus ojos

En la orilla del sueño
soñaba yo un paisaje de cigüeñas,
alzadas espadañas y sed rosa.

Bajo el puente del sueño yo soñaba
tus ojos sobre el río, la mirada
del río deshaciéndose en tus ojos,
y el súbito aleteo de la nieve,
y la ronca ansiedad de las colmenas.

En la orilla del sueño
(no la orilla de cal ni de la infancia,
sino orilla del hombre tercera e insegura)
dije adiós a tus ojos como aquel olmo muerto
que agitaba sus ramas a los trenes del sur.

A la orilla del sueño, junto a la vía muerta,
apenas me miraron, tan azules, tus ojos
cuando yo me volvía sin mundo hacia las flores
y era un alba la tierra de savia y carbonilla.

Una verdad

Venir bajo las flores.

Dar al tiempo

un corazón no hollado por el día.
Darlo.

Llevarlo lejos.

Despojarlo

de la cadencia enferma de las alas.
Detenerlo.

Que el cerco de la nieve

no acaricie el amor de su caída.

Quemar.

Quemar todo

(así los ríos).

Agrandar la negrura de la noche
con la sombra de un canto,
de un latido
que no va a dejar eco en nube alguna.
Y ya no abrir camino.

Y ya silencio
ser sin lecho de sangre y sin riberas.
Ritmo ardido,
eternamente fuera.

Grillo ido.

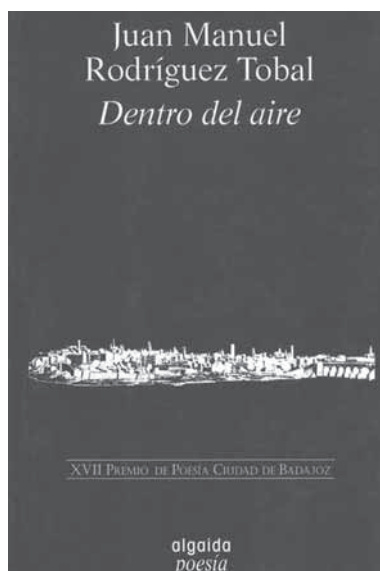
La nada soñadora
que primavera pulsa en las cortezas.



Dice la levedad por no extraviarse.
Por no extraviarse muere sin huella
duradera. No el pájaro, su sombra. No
las alas, su espacio.

En la luz, la palabra y el silencio: oír es
ser herido por la luz. Ora verde, ora
negra la levedad: así se mira el aire.

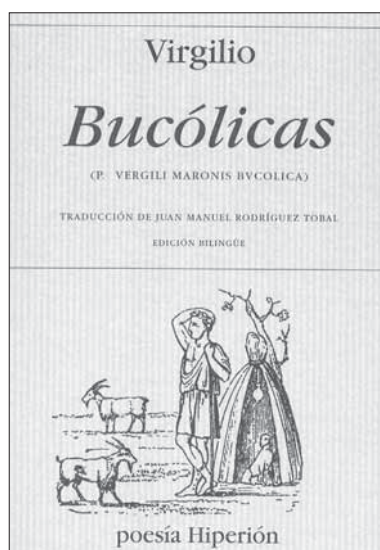
Pero la levedad mira sin ver. Tienta el
lugar en que dejó de verse, en que, al
mirar, su sangre devino transparencia.



Un nombre

Si escucharas un nombre,
si manara hasta ti desde la arena,
despojado del último cansancio,
en toda su blancura,
si pudieras traer el hilo frágil
de su belleza breve y sigilosa
sin abrasar tus alas al nombrarlo,
tal vez la lluvia al fin resistiría.

Mas sólo oyes la tierra,
su hospitalaria sombra diminuta,
su silencio indoloro,
rubio,
ardiente,
y no puede ser cierto tanto olvido.



Era una luz hermosa.
Yo no sé recordarla,
pero aún tiento en el aire
la humedad de aquel miedo.

Encuentra tú el sonido.
No dejes que se pierda,
como su cuerpo leve,
su adiós en la corriente.

Cuando nada nos tiene, sólo quien canta puede
sostener en la nada lo poco que tenemos:

Sólo apenas un nombre.

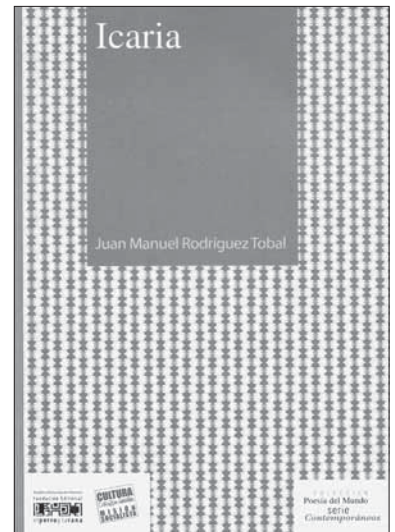
ICARIA

(fragmento)

Por eso busco la bondad
en este tacto de la noche
que es la certeza de tus senos.
No vino aquí a dejar tu piel
hilachas tristes de alegría,
hebras de luz desabrigada
como un naufragio de cristales
en los charcos de la nostalgia.
Toco la noche y son tus senos
el lugar ciego de la gracia
donde no cabe desamparo.
Toco tus senos y eres buena.

No es la bondad de las palabras.
Es el concilio de las alas
de tantos pájaros atados
al vuelo de una misma altura.
Es la inminencia que no ensucia
la realidad de su inminencia.
Es tu desnudo y la amapola
que te desnuda. El pintalabios
con el que marcas hoy las telas
vivas del alba. Tu bondad.

Creo que más allá no hay nada.

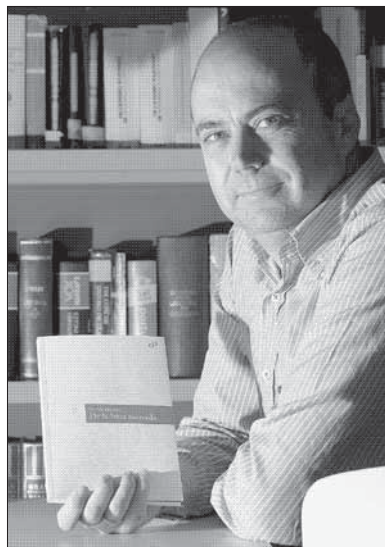


También la levedad es la inocencia que precede al aliento de las flores, la música indecisa, la pureza de lo nunca crecido, de lo nacido nunca. Es la voz que dejar sobre los párpados de lo que ojos no tiene ni figura.

Habla siempre en la sed la levedad. Habla desde la lluvia, desde la sal azul de la amapola. Habla desde el pecado del desasimiento.

Ligera, y más ligera aún para la muerte, la levedad es un arco imposible. Espesor de un silencio que no desciende al nombre del silencio. Espesor de lo alzado la levedad: un peso que no sangra.

Fermín Herrero



Por más que el tiempo arrase palmo
a palmo lo que atraparan los días
de la infancia y sepa que ha de quitarme
todo, sin prisa o a traición, espero,
hasta que el cuerpo aguante, que nunca
me someta. Y aun entonces, si fuese factible,
abandonarme, no reconocerme en nada
de lo que me pertenezca. Ser por siempre,
al olor de la mies mojada, canto de alondra
en rastrojera, dejándose llevar.

(De *De la letra menuda*)

Fermín HERRERO (1963) es natural de Ausejo de la Sierra, Soria. Ha publicado en la editorial madrileña Hiperión los libros de poesía *Echarse al monte*, *El tiempo de los usureros*, *Un lugar habitable* y *Tierras altas*. Y en otros lugares *La lengua de las campanas*, *Anagnórisis*, *Endechas del consuelo* y el recién aparecido, en el sello palentino Cálamo, *De la letra menuda*, además de una obra en prosa junto a los relatos de Julio Izquierdo *Los hijos secos*, que lleva por título *Paralaje*. Su obra ha aparecido en varias antologías de referencia, entre las últimas, *Campo abierto* y *Cambio de siglo*, dos de las más representativas de la lírica española actual.

Todo lo bello es frágil: los trenes
cuando olían, la escarcha en los ribazos, la boca
de los niños aún sin término, el tacto
del silencio en los camposantos a la orilla
del mar, la redondez si es fruto, el ruiñón,
su rama. Acaso la memoria. Todo lo verdadero
es frágil. Y es inútil.

(De *El tiempo de los usureros*)

Escribo simplemente por vanidad,
también para darles voz a mis padres,
que nacieron en tiempos difíciles y
apenas pudieron ir a la escuela, para
que tal vez quede algo de su memoria;
porque lo natural y placentero es leer,
la escritura es un ejercicio vergonzoso
y vergonzante. No obstante, he adver-
tido de antemano que la vanidad ne-
cesita alimento.

Por otra parte, el amor a las palabras
se adquiere quién sabe cómo –en mi
caso ya en la infancia, en un pueblo de
aproximadamente quince almas, en
una casa sin un libro- y degenera con el
tiempo -si no se cura en la adolescen-
cia, que suele arrasarse casi todo- en una
enfermedad que se sobrelleva como se
puede. Y, luego, una vez dominado el
oficio, es muy difícil domarlo.



Fermín Herrero

Tierras altas



poesía Hiperión



Estado del bienestar

Con cerca de setenta años y una hernia discal que nunca se operó, mi madre está cavando el huerto. La recuerdo siempre así, sin parar, desviviéndose por nosotros, sus manos de penuria inquietud día y noche, la abnegación echada al hombro hasta dejarlo todo aviado y acabar molida: frota que te frota ordeñando, acarreando, frota que te frota barriendo, fregando, vareando en la era la lana de los colchones, haciendo aulagas para prender la lumbre y caldear la casa... Siempre así, sudando como una descosida, sin dar abasto y pese a todo -igual que el resto de las esclavas de posguerra- no tiene derecho a pensión. Cuando puede ver el parte se hace cruces de lo bien que hablan los políticos.

(De *Tierras altas*)

Erosión

Tienes las manos frías, como siempre,
y cierto aire de tristeza cuando miras
lo que hicieron los años con nosotros. Podría
adivinar en tu silencio los labios de un reproche
leve, en razón de la costumbre que nos asfixia.
Pero es tarde quizá para airear motivos
que no sean errores propios, y por tanto secretos
-y ya no estamos para confesiones
ridículas o dramas de opereta-.
Después de tanto tiempo el deseo carece
de sorpresas y todas las palabras
están gastadas por los dedos sin atributos,
amables de ordinario para el cuerpo que buscan
con recelo, pues el tacto conoce sus fronteras.
Y sin embargo nada ha cambiado en sustancia,
sólo que la tristeza nos visita con más frecuencia
y no sé qué decirte que no hayas oído ya
porque nos hemos desnudado juntos
en demasía y en el fondo somos difíciles
y por eso llegamos a querernos
sabiendo a lo que nos exponíamos.

(De *Un lugar habitable*)



Así que cada vez que me viene un verso que amenaza con engendrar otro poema, me repito el imperativo de silencio del gran Wittgenstein, pero, nada, ya no hay quien lo pare, el que hace un cesto, hace ciento. Y no suele mejorar.

Carlos Aganzo



La paciencia de los líquenes

Me preguntas por qué
me demoro en los bosques,
enredado en las huellas
de las horas perdidas.
No sabría decirte
qué me retiene en ellos,
si fuera la paciencia de los líquenes,
el rubor contenido de las bayas
o la revelación de aquellos días
en los que fuimos hijos de la niebla,
seguidores del fuego
que sólo por nosotros
encendían los dioses.

O esa forma que tienen
las hojas amarillas
de recordar tus manos.
O esa ocasión de verme
sin ti, contigo a solas,
decantando las sombras lentamente
hasta obtener el néctar de la luz...
Los labios de la tarde sonriendo
entre un rumor de otoño estremecido.

Carlos AGANZO nació en Madrid en 1963, ha vivido durante muchos años en Ávila, y actualmente reside en Valladolid, donde trabaja como director de 'El Norte de Castilla'. Es autor de los poemarios *...Ese lado violeta de las cosas* (Madrid, 1998), *Manantiales* (Valladolid, 2002 y Ávila, 2008), *Como si yo existiera* (Béjar, 2004), *La hora de los juncos* (Ávila, 2006) y *Caídos Ángeles* (Sevilla, 2008); del ensayo biográfico *Jorge Pardo. Improvisaciones* (Rivas, 2000); del libro de viajes *Rutas por las Juderías de España* (Madrid, 2008) y de diferentes guías de la serie 'Ciudades con Encanto' (*Ávila, Toledo, Segovia, Tarragona, Girona, Lugo, Soria, y Pontevedra*). Su último libro de poemas, *Las voces encendidas*, ha merecido el premio Jaime Gil de Biedma de Poesía 2010. Pertenece a la Academia de Poesía de San Juan de la Cruz de Fontiveros. Como periodista ha trabajado, además, en el diario 'Ya', y ha dirigido los rotativos 'La Voz de Huelva' y 'Diario de Ávila', así como la revista cinematográfica 'Interfilms'.

Para Laura

Los árboles que muestran en la tarde
signos de enamorados,
tallados en su tronco como flechas
que hieren y no matan,
más cerca están del cielo.

Aquellos cuyos cuerpos
llevan nombres y fechas
escritos con la savia derramada,
como sangre secreta y encendida,
alcanzan la amnistía más fácilmente
del talador que corta la madera
sin pensar en las hojas de los libros.

Los árboles que tienen corazones
grabados a cuchillo en sus cortezas
son siempre los más fuertes.
A vivir aprendieron
con su herida de luz que no se extingue.

LA HORA DE LOS JUNCOS

susana saura
carlos aganzo

Escribo porque busco la belleza. Escribo porque necesito ver cómo la vida se enciende. Porque quiero elevarme sobre la grisura de los días comunes. Porque creo que hay que mirar al mundo de otra manera. Escribo porque necesito la música y el canto. Escribo también para volver a saborear, después de sentidas, las emociones que surgen a cada paso.

Escribo porque quiero. Y porque quiero querer. Escribo para compartir con los demás momentos intensos. Escribo para sorprenderme a mí mismo. Para vivir en la vida profunda de las palabras. Escribo también, cuando el mundo me hace daño, para dejar en el papel lo que me rompería el alma. Escribo para consignar lo que me conmueve. Y para dejar testimonio de las grandezas y de las miserias de los hombres. Escribo para transformar a los hombres. Escribo para transformarme a mí mismo. Porque sigo el mandato de una voz misteriosa...

Carlos Aganzo
Caídos ángeles



FINALISTA V PREMIO DE POESÍA ATENEO DE SEVILLA

algaida
poesía

Ofrenda

En el jardín la lluvia
con fe de primavera
bautiza a cada rosa con su nombre.
Abrimos la ventana
y entra un aire que lleva
en sus alas de alondra
pasión por estrenar.
Tan largo fue el invierno
que he pensado que ya nunca tendría
otras ansias de tarde ante los ojos;
pero el color erguido del ciclamen,
asomado al cristal cual mariposas
que no saben del mundo,
me obliga a buscar tu lengua,
tu carne de amapola,
las estrellas fugaces de tus ojos,
el secreto que saben solamente
las yemas de mis labios.

Y las nubes se abren
como ofreciendo el mundo.

Hombres pájaro

Tienen todos los pájaros
devoción por el aire,
ese misterio azul que los sostiene
por encima del mundo.
Sabes que soy del mundo, y aún con todo
hay mañanas que vuelo
más alto que el halcón, noches que canto
mejor que el ruiseñor, días de lluvia
que me aferro a tus manos
con la fuerza de un águila,
y me duele la espalda si recuerdo
el tiempo aquel en que tuvimos alas,
antes de que viviera entre nosotros
el oscuro baldón de la memoria.

Todos los hombres tienen
devoción por el alma de los pájaros.



Nada de esto es verdad. La verdad es que no tengo ni idea de por qué escribo. Quizás lo único cierto es que escribo por amor. Y por tratar inútilmente de retener el tiempo.

Pilar Blanco



Pilar BLANCO DÍAZ nace en Bembibre (León). Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, vive en Alicante desde 1985. Es poeta de nueve libros y de los que aguardan en su silencio y su manar. A excepción del primero, todos llevan la sal y el azul mediterráneos entre sus versos, pues si, como ya ha dejado dicho, vivir es dejar atrás, es también abrazar nuevos paisajes y amores nuevos. Sus títulos, *Voz Primera* (Barro, Sevilla, 1982), *Mundos Disueltos* (Algaida, 1998), *Vocabulario íntimo* (Instituto de Cultura “Juan Gil—Albert”, Alicante, 1998), *A flor de agua* (Visor, 2000). *Mar de silencio* (Ayuntamiento de Las Palmas 2004), *La luz herida* (Algaida, Sevilla 2004) *Ceniza* (Hiperión, Madrid 2005) y *El jardín invisible* (Rialp, Madrid 2006) y *Zarzalúa*. Traducido al gallego. Libro de artista de la colección Bourel, La Coruña 2007)

No el camino

Tiro de lo invisible. Su seda enhebra la aguja, sujeta la mañana al respirar desde un frescor perdido. Todo lo que contemplo se ha dormido en mis ojos. Apenas tiembla. Existe apenas en el eco de la lejanía.

El tiempo es un acuario detenido
y su luz
transparente como el musgo del sueño.

¿Cuál es la realidad de este ser sin hallarse, de este latido ingrávido?

Tiro de lo invisible,
seda y agua
del hilo que deshiela el espejismo.

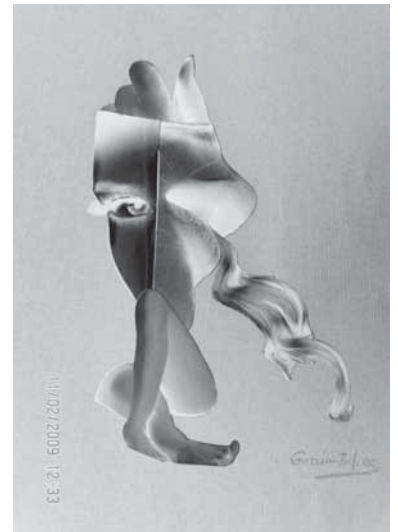


Una especie de respiración

Agua era.
Agua la del brotar como si no pesara la palabra sequía.
Agua en su torrencial advenimiento,
borbotón, manadero de ideas-contrapunto.
Choque contra las piedras de su mismo nacer.

Agua era y no tú, verso que te contiene y adelgazas, que enquistas el quejido de tu música para pasar el invierno, que aquietas la nieve imaginada, desde el ojo que te enseñó la lumbre de mirar.

Y no me das,
ahora no me das
esa respiración incontenida
del acaso
y el no
con los que aliento.



Sin meterme en once varas filosóficas, pienso que vivir es irse. Dejar atrás personas, paisajes, lo que fuimos. Pues instalarse definitivamente en todo es como acotar la parcela donde acostarse a morir. Por eso, quizás, se salió una un día de su viñeta berciana a mundear. Y en ello sigue.

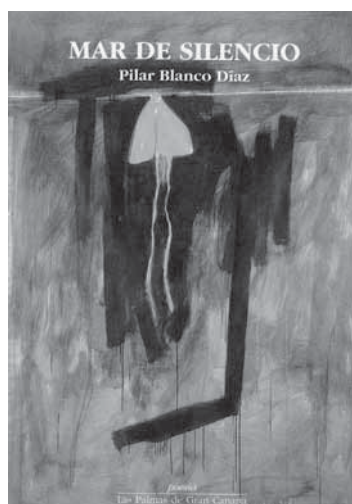
“Irse. Andar. Caminos”: los libros.

Libros porque no se es del todo; para andar en compañía, siempre más alto, más lejos. Caminos que no se acaban con el que escribe. Que continúan en otros ojos y en parecida andanza. Irse de pura vida.

Decía el poeta Diego Jesús Jiménez que la creación poética tiene como función hacer visible lo invisible de las cosas. Yo me atrevería a añadir que el poeta intenta también dar visibilidad a lo invisible de sí mismo, iluminar el lado en sombra de su pensamiento y su emotividad, para permitir así que, al mirarlos, sean transparentes para los demás.

Escribo para buscar, más que para encontrar. Para abrir, más que para cifrar. Voy al fondo para llegar a lo alto.

Pregunta, casi nunca certeza.



La noche en vuelo

Toda la noche, sus horas y sus ecos, esa profundidad oscura contenida en el cuenco de una ventana. Toda la noche, gemido de estrellas en su jungla, fue este pasar de pájaros.

Tren fantasmal que avanza entre la niebla, rumor que se adensa en rugido, batir airado en vendaval de plumas; vuelatejas repicando en los cristales y enloqueciendo brazos que querrían ser alas para huir, volar, huir con él.

Y no regresar nunca a este tiempo, a este suelo.

Como los pájaros que cruzan en otoño atados a su ruta, siguiendo ese sendero invisible que el instinto tiende entre dos distancias.

Detrás de esas bandadas vuelas tú,
alas que se despliegan en la noche
lentamente en la noche,

vuelo ciego

por sobre los tejados

siguiendo a saber qué,

perdida a saber dónde y sin cejar

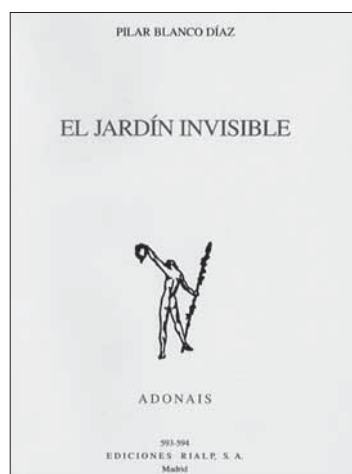
en la busca, rastreadora de cumbres,

alzada por el ansia, en aire sostenida,

siempre más lejos, a la zaga de un mundo

que la mente dibuja en otro más allá.

...Y no regresar nunca a este tiempo, a este suelo...



Anclada en luz

Estas son las palabras con las que me sujeta
el mundo a sus costuras
y yo crezco, soy el árbol que ahonda sus raíces
y atraviesa certezas y asciende en rama y ruido
y traspasa la lámina del cielo
y revierte en la hondura.
Estas son las palabras con que me hago
jinete de la luz.



Juan Antonio González Iglesias



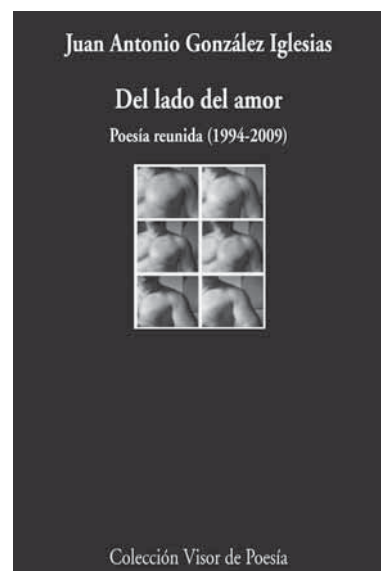
Palabras de otro idioma, de otro siglo,
de otro amor: aceptarlas
para poder decir cómo te quiero,
lo que eres para mí.
Exactamente eso: mi todo en este mundo.

Juan Antonio GONZÁLEZ IGLESIAS (Salamanca, 1964) estudió en Salamanca, Florencia y París. Ha traducido a Ovidio, Catulo, Stendhal, Laughlin, Horacio y Dimulá. Durante una década ha sido colaborador literario en *ABC* y *El País*. Es profesor de filología clásica en la Universidad de Salamanca. Ha publicado: *La hermosura del héroe* (1994, Premio Vicente Núñez), *Esto es mi cuerpo* (1997), *Un ángulo me basta* (2002, Premio Generación del 27), *Olimpicas* (2005) y *Eros es más* (2007, Premio Loewe). Esos cinco libros, además de uno inédito —*Selva de fábula*— y algunos poemas nuevos, se reúnen en un nuevo volumen, bajo el título *Del lado del amor* (Visor, 2010), que a modo de emblema renacentista busca dar un sentido único a todo lo que ha escrito.

Hay algo en el amor

Hay algo en el amor que pertenece
a este mundo. En los múltiples
instantes en que todo
tiene sentido desde que llegaste,
en toda la materia de pronto convertida
en regalo, pradera que pisamos,
terracea que se asoma o muralla que guarda,
también en la dulzura de los días,
en la rutina humilde de tenerte
a mi lado,
lo noto.

Pero algo en el amor no es de este mundo.
Algo que no es abstracto.
Lo pruebo, por ejemplo, en la temperatura
de tu piel, cada vez que nos quedamos
dormidos juntos, y cada mañana
en que no espero más que tu primer
beso, cuando recobras
a ciegas tu lugar entre mis brazos.
Entonces se anticipa lo que un día tendremos
definitivamente.
Para poder nombrarlo
se me hace necesaria la noción de solsticio.
No lo razono más. Es una especie
de primicia.



Trabajar con la verdad hace posible ejercer hoy funciones arcaicas de la poesía. Cantar,. Celebrar. Lamentar. Decir, con sus poderosos matices: por ejemplo, bendecir (*benditos los acróbatas nuevos, escribí en Capoeira*).

Maldecir. Profetizar, sin miedo, pues es la forma más sencilla de pedir. Un poeta laico como Virgilio se lanzó a escribir la Bucólica IV. Más humildemente yo he profetizado o pedido el cumplimiento de un amor (*Profecía de tu piel maravillosa*). Y hace unos veranos compuse una *Canción para pedir más carril bici*. Los dos se han cumplido. El amor tardó años. El carril bici, apenas unos meses. Otra función importante del poeta es curar. Más allá de la catarsis aristotélica (que no se restringe al teatro), hay un valor terapéutico muy arcaico en la poesía



Canción para pedir más carril bici

Ir por el carril bici
persiguiendo
el origen del río
durante media hora,
paralelo a los peces,
paralelo
al piragüista
de torso grande
adelantarlo,
escalar hasta el puente
peatonal, transmutarme
en perpendicular
al agua
de Gredos por aquí,
dar media vuelta,
bajar formando parte
del viento, ser
tan físicamente
feliz, correr ahora
más rápido que el Tormes,
dejar atrás los juncos,
la lavanda, las sombras de las frondas,
los niños, los atletas,
la plata de los peces
y al tenaz piragüista.
Ir por el carril bici
durante media hora,
ser centauro recién
nacido, me parece
más de lo que merezco
en este día casi
víspera de septiembre.

Pero reclamo más.



Palabras en Burdeos

para Nadine Ly

En esta misma plaza
pronunció Víctor Hugo su famoso
discurso *Construyamos
los Estados Unidos
de Europa. Seamos juntos
la confederación continental.
Seamos la libertad.*

Aquí en el atrio de esta catedral
primada de Aquitania
los monarcas franceses proclamaban
solemnemente *Juro que seré
un buen príncipe y un señor leal,
y que defenderé
de force ou de tort
a estas gentes de todos los demás,
incluso de mí mismo.*

Pero me quedo con la humanidad
del vagabundo, al lado
del McDonalds, diciéndole esta tarde
a su perro, en voz baja
y con mucho cuidado: *siéntate.*

Sólo siendo muy consciente de la tradición se puede hacer algo nuevo. Debe regir una ley de necesidad: el poeta debe decir aquello que, si no fuera por él, quedaría sin decir. También le incumbe recordar a sus contemporáneos algunas verdades elementales que ya se han dicho. El caudal de poemas excelentes que acumulan los clásicos funciona también como una protección ecológica. No hace falta que escribamos mucho, porque lo esencial ya está dicho. Eso permite que nos concentremos en hacerlo bien.

En ningún caso acepto la servidumbre de la poesía a discursos de menor rango que el poético. Creo en el poeta como espíritu selecto, si me permite usar el bello anacronismo de Mandelstam. Él añade enigmáticamente que los espíritus selectos apetecen la unidad.

Pocas preguntas desconciertan tanto a un poeta como esa de qué está haciendo o qué va a hacer, porque ni él mismo lo sabe. A mí cada libro, cada poema, me ha parecido el último. Y no llevo mal la idea de no volver a escribir poesía.

María Ángeles Pérez López



El perfecto dibujo de la piel amarrada,
a sí misma amarrada,
desplazando el aire con cada movimiento
tiene un perfil de piedra,
de palote de niño dibujando.

Tiene un peso de piedra
y el oscuro entrecejo de la luz resbalada
porque la luz siempre resbala sobre las cosas
y no lo entiendo.

(De *Tratado sobre la geografía del desastre*)

M^a Ángeles PÉREZ LÓPEZ (Valladolid, 1967) es poeta y profesora titular de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca. Ha publicado los libros *Tratado sobre la geografía del desastre* (México, UAM, 1997), *La sola materia* (Premio Tardor, Alicante, Aguaclara, 1998), *Carnalidad del frío* (Premio de Poesía "Ciudad de Badajoz", Sevilla, Algaida, 2000) y *La ausente* (Cáceres, Diputación / Institución Cultural "El Brocense", 2004). Ha ganado el Premio Sarmiento 2005 de Poesía, otorgado por el grupo poético "Viernes del Sarmiento" de Valladolid. También ha publicado las plaquettes *El ángel de la ira* (Zamora, Lucerna, 1999) y *Pasión vertical* (Barcelona, Cafè Central, 2007), así como las antologías *Libro del arrebató* (Plasencia, Alcanía, 2005) y *Materia reservada* (antología seleccionada por Luis Enrique Belmonte, Caracas, El perro y la rana, Publicaciones del Ministerio de Cultura de Venezuela, 2007). Acaba de aparecer *Catorce vidas (Poesía 1995-2009)* con prólogo de Eduardo Moga, en el que se recogen todos sus libros hasta la fecha (Salamanca, Diputación, 2010), y está en prensa su antología *Memorial de las ballenas* (La Habana, Torre de Letras, 2010). Ha sido jurado de varios premios literarios, entre otros el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en dos ocasiones (2005 y 2009) y el Premio "Miguel de Cervantes" en 2007.

El hilo se enhebra

en el estricto hueco de la aguja
y trae memoria del huso, de la rueca,
de la paciente disciplina de que hablaba
el libro de los proverbios,
del largo tránsito por el algodón,
por su torcedura
desde que alguien lo miró crecer en su semilla
imaginando el blando copo de riqueza
hasta que es parte diminuta
e imprescindible
de la bobina, la máquina, el pedal.
También del pie o los dedos que lo mueven,
lo liberan
de su propia trabazón, su coyuntura
si es hilo solo, apenas desprendido
de la costura tortuosa y necesaria.

El hilo arrastra en sí
una puntada secular e incommovible
que nos anda trabando, remendando
al comienzo del frío, del pudor,
del forzoso reconocimiento de la tribu
en la lana, en el cuero,
en la piel,
en la enorme cicatriz de los cuerpos desnudos
y amparados.

(De *La sola materia*)



Escribo cuando busco otra cosa y no la encuentro, un verbo luminoso para quemar la tarde, que de pronto sea todo insensato amarillo, que venga nuestra gente en la luz incendiada, en la espita feliz de todas las burbujas subiendo como locas, divertidas, a respirar septiembre que es un nombre insensible y no sabe que guarda el hueco de la pérdida, que venga nuestra gente y que se quede a merendar un sol como un relámpago duradero, eso sí, que sea duradero.

Sobre todo que sea duradero.



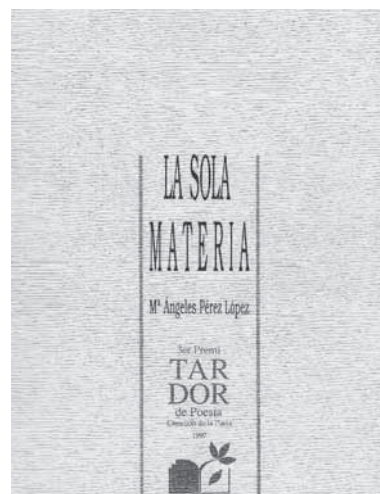
Besémonos, cordero, flor de lana,
hagamos, deshagamos la madeja
que va de ombligo a ombligo hasta el comienzo
redondo y empapado de mi vientre,
juguemos a tocarnos como niños.
Prometo no gritar si me embadurnas
la cara y los pezones con el barro
que excretas y alimentas y enrojeces.
No diré que te temo si te escucho
llamarme con voz ronca e imposible
en lengua parecida al esperanto,
no estaré sorprendida de belleza
si te veo tan hermoso cada vez,
haré como si no te conociese,
descubrámonos juntos, iniciemos
el viaje por la noche y sus contornos.
Podemos dibujar sobre la espalda
el mapa del deseo en signos chinos,
que sea la saliva nuestra tinta
para atraer de nuevo a las mareas.
Soñemos sueños de cartografía
orgánica y corpórea en el deshielo.

(De Carnalidad del frío)

El tiempo es una forma de la boca

si descubro aterida que apaciento
un oscuro baúl impredecible
que arrastro de este lado para el otro.
Porque apenas recuerdo su llegada,
la fecha insoportable en la que es mío,
su llave y su candado como espuelas
del corazón y de su espuma roja.
Del baúl salen cosas imposibles
y se golpea la rosa de los vientos.
También salen las cosas personales,
la miga levantándose en el horno
del parentesco vivo y necesario,
alimenticias formas de ternura
o de espanto feroz en el desastre
porque el odio alimenta cada día
igual que la ternura, y envenena
el pan con que la boca se sostiene.
No hay forma de olvidar ese baúl,
de dejarlo tirado en una esquina
ni de perder tampoco ese candado
ni la llave maldita que lo abre,
lo hace un inmenso fardo que nos urge
doblemente como un cadáver sucio
y que es nuestro pasado, nuestro tiempo
en su belleza extraña y condenada.

(De *La ausente*)



Angélica Tanarro



Superviviente, desterrado,
el olivar de tu infancia se inclina
lentamente
hacia la nada.

Es un anacronismo.

Por las mañanas
calculas
el tiempo que le queda
de vida
_pero eres joven
aún para echarlo de menos_

Morirá bajo el asfalto
el mismo día
en que salgas corriendo hacia el futuro
y olvides
por fin
los doce mandamientos
y desates el nudo
que habita en tu costado.

Y sin embargo ahora
_hoy mismo...
algunas tardes..._
te sientas a su sombra
y convocas fantasmas del pasado
para sentirte acompañada.